



La infantería

## FEZ

—

No habíamos andado media milla en dirección á la ciudad, y ya nos hallábamos rodeados de una inmensa muchedumbre de moros y árabes procedentes de Fez y de sus alrededores,—á pie unos, otros jinetes en caballos, mulos y asnos, á dos hombres por cabalgadura, como los antiguos nómadas,—tan empeñados en contemplarnos, que los soldados de la escolta, para impedir que se agruparan estrechamente detrás de nosotros, se veían precisados á despejar el camino, valiéndose de las culatas de sus espingardas. Como el terreno es bajo, la ciudad, cuyos almenados muros se distinguían perfectamente desde el campamento, permanece durante buen espacio oculta á nuestras miradas: después reaparece



de repente, y distinguimos delante de las murallas un verdadero hormiguo blanco y purpurino, semejante á miriadas de lirios y rosas, mecidos por el viento. Alternativamente, y según los accidentes del terreno, la ciudad se oculta y des-



Hadje-Moammed-ben-Aissa, maestro de ceremonias

aparece; pero de cada vez más cercana, y entre nosotros y sus muros se distingue perfectamente inmensa muchedumbre formada por el pueblo, el ejército, la corte, todo tan pomposo, tan espléndido, tan bizarro, tan bello, que al contemplarlo cayóseme la brida de la mano, y al describirlo me escapa la pluma de entre los dedos.

Un grupo de oficiales á caballo viene á galope á nuestro encuentro, saluda, se divide formando dos filas, y se reune á nuestra escolta.

Después de éstos se adelanta un escuadrón de jinetes ricamente ataviados, cabalgando briosos corceles, precedidos de un moro de elevada estatura, con turbante blanco y caftán rosado. Es el maestro de ceremonias, introductor de embajadores, Hadje-Mohammed-ben-Aissa, con los altos dignatarios de la corte, que en nombre del Sultán da la bienvenida al embajador, y se reune á la escolta.

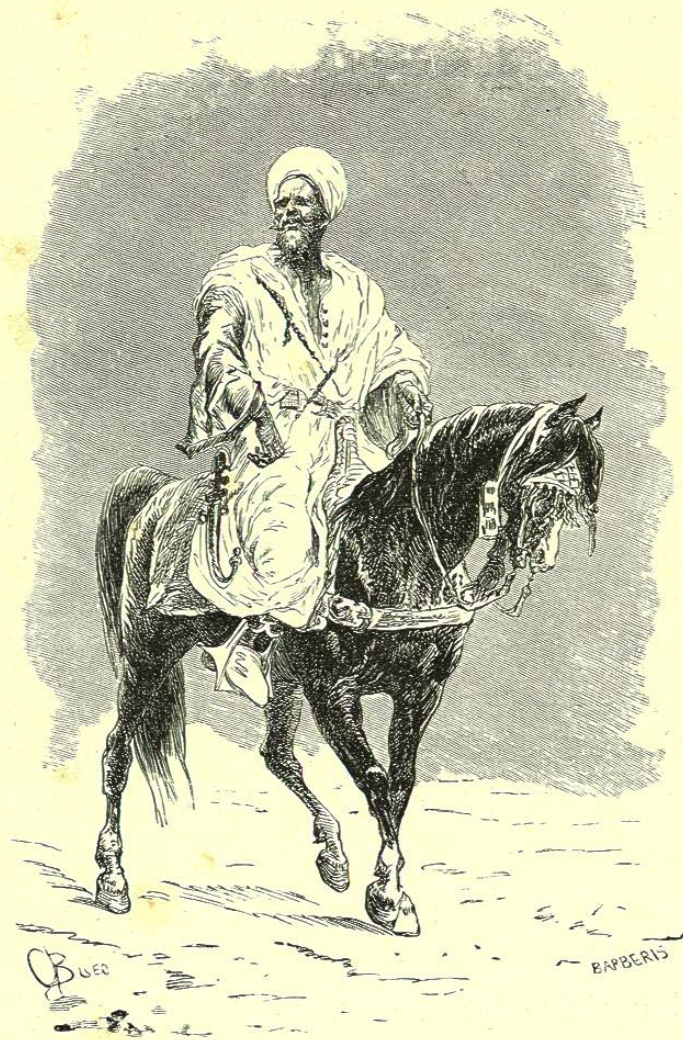
Continuamos marchando entre dos filas de soldados de infantería que contienen la muchedumbre de curiosos.

¡Pero qué soldados, cielo santo! Viejos, hombres de mediana edad, muchachos de quince, doce y hasta nueve años, vestidos de color de escarlata, con las piernas desnudas, con pantuflos amarillos, alineados sin orden ni concierto, en una sola fila y con los jefes al frente. Nos presentan, cada cual á su manera, las armas llenas de mohó, con las bayonetas torcidas. Tal tiene un pie en alto, éste tieso como un huso, aquél con la barba clavada en el pecho, el de más allá con la cabeza inclinada sobre la espalda, sin faltar algunos que se han echado sobre aquélla la roja chaquetilla para ponerse á cubierto de los rayos del sol. De cuando en cuando se ve un tamboril, una corneta, cinco ó seis banderas, una al lado de otra, rojas, amarillas, verdes, naranjadas, llevadas como cruz en procesión. No se distingue nada absolutamente que indique división de escuadra ó compañía; parecen soldadillos de papel, formados por un chiquillo. Los hay negros, mulatos, blancos, de color indefinible; de estatura gigantesca y pigmeos; hombres hechos y derechos al lado de chicuelos que á duras penas pueden sostener el fusil; ancianos decrepitos con luenga barba y encorvados, que para sostenerse apóyanse en el hombro del vecino; figuras de aspecto salvaje, que con el uniforme producen todo el efecto de monos vestidos y amaestrados; y todos nos contemplan con mirada atónita y un palmo de boca abierta, y las filas se prolongan delante de nosotros hasta perderse de vista.

Sale á nuestro encuentro, por la izquierda, un nuevo grupo de jinetes formados por el anciano gobernador Gilaliben-Amú, seguido de diez y ocho subgobernadores, y de la nata y flor de la aristocracia de Fez, vestidos todos de blanco



de pies á cabeza, como una tropa de sacerdotes: semblantes austeros, barbas negras, jaiques de seda, arneses dorados. Saludan, dan la vuelta y se agregan á la escolta y á la corte.



El gobernador Gilali-ben Amú

Proseguimos nuestro camino, siempre entre dos filas de soldados, detrás de los cuales estremécese en enormes oleadas una muchedumbre blanca y encapuchada que con sus miradas nos devora. Los soldados son siempre los mismos, en su mayor parte muchachos con fez, chaquetilla roja y las

piernas desnudas. Algunos usan pantalón azul, otros lo llevan blanco, otros verde: muchos están en mangas de camisa: cuál lleva el arma terciada, cuál la lleva al hombro; éste sale de la fila, aquél permanece detrás de ella. Los oficiales visten á su antojo, de zuavos, turcos, spais, á la griega, á la turca, como los albaneses; pero todos con divisas galoneadas y bordados de oro y de plata, con cimitarras, espadas, alfanjes, puñales encorvados, dagas, pistolas, estribos á la escudera y estribos estrechos, amarillos y sin descanso. Los hay vestidos de color de púrpura de los pies á la cabeza, otros de blanco, algunos verdes que parecen disfrazados de demonio. De cuando en cuando se descubre algún rostro europeo, que nos contempla con expresión de simpatía y de tristeza. Vense hasta diez banderas alineadas en fila. Á nuestro paso suenan las trompetas con desapacible son. Á veces asoma entre los soldados un brazo de mujer que nos amenaza con el puño. Diríase que las murallas de la ciudad se alejan al paso que nos acercamos, y las dos hileras de soldados se prolongan delante de nosotros como dos vallados de rosales despojados de sus hojas.

Nueva manga de caballeros más lujosamente apuestos que los precedentes. Es el anciano ministro de la Guerra Sid-Abd-Alá-ben-Hamed, negro, jinete en un caballo blanco, con paramentos azul celeste, seguido de los gobernadores militares de la provincia, el comandante de las fortalezas de Fez, y un numeroso estado mayor de generales, coronados de turbantes blancos como la nieve, y vestidos con caftanes de cien colores distintos.

Continuamos nuestro camino. Hace lo menos media hora que estamos andando entre soldados, y no ha faltado quién se haya tomado el trabajo de contarlos. Pasan de cuatro mil.



Á uno de los lados se halla formada la caballería; en el opuesto una verdadera patulea amontonada, que no hay como calificar, compuesta de hombres y muchachos vestidos con cien distintos uniformes, ó mejor restos de uniformes, mitad armados, mitad sin armas, con capa y sin ella, con un andrajo en rededor de la cabeza, con la cabeza monda y pelada, descamisados, gente del desierto, del litoral Oceánico, de las vertientes del Atlas, de las comarcas del Riff, de las provincias del Sur, cabezas rapadas y adornadas de largas trenzas, colosos y enanos, hocicos de mono y caras de muertos desenterrados, fantasmas, muñecos, comparsas teatrales, gentes reclutadas Dios sabe dónde, para hacer número y meter espanto. Y detrás de este pandemonio, sobre dos elevados ribazos que surgen á derecha é izquierda del camino, innumerables mujeres veladas, que, levantando á sus pequeñuelos, chillan y gesticulan, expresando en sus vivos ademanes la sorpresa, la alegría y el desdén.

Llegamos cerca de los muros hacia una puerta monumental coronada de almenas. Rompe á tocar una banda, y en el mismo instante hacen lo propio todas las trompetas y tamboriles del ejército, produciéndose un estrépito indefinible, y dándose al olvido las órdenes establecidas para la recepción, la muchedumbre de magistrados, generales, cortesanos, altos dignatarios, ministros, jefes, oficiales y esclavos se arremolina en derredor nuestro: nuestra escolta queda desordenada, nuestros criados dispersos y nosotros mismos separados unos de otros. Es aquello un torrente impetuoso de turbantes y caballos que nos arrastran con ímpetu irresistible; una confusión de colores que nos deslumbra; un espectáculo fantasmagórico de rostros extraños; una gritería desconcertada de voces estridentes; una furia inexplicable, un desorden indescrptible, un

espectáculo grandioso en medio de su salvajismo, que arrebatada y desvanece.

Pasamos la gran puerta: miramos en derredor esperando ver las casas de la ciudad, y nos encontramos aún en medio de torres y muros almenados: á la izquierda se distingue una casba, con la cúpula verde, sombreada por dos palmeras: gentes en derredor de la casba, al pie de las murallas, encima de éstas, sobre las torres, en todas partes; pasamos otra puerta, y por último penetramos en una calle con casas á ambos lados.

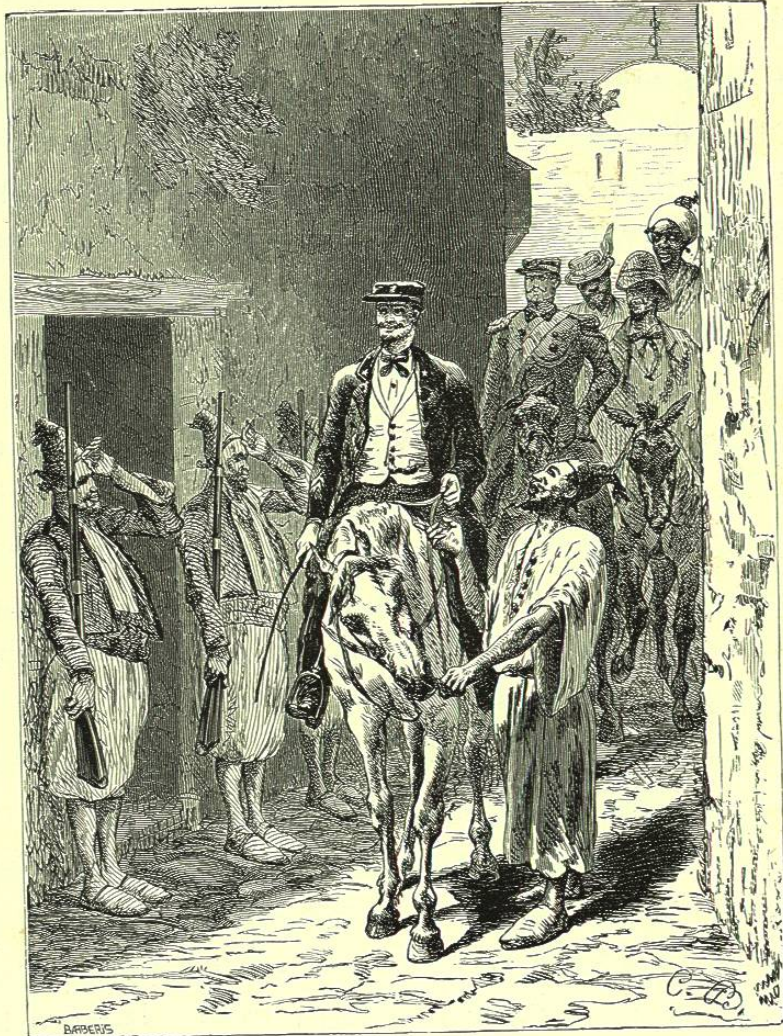
Sólo confusamente recuerdo lo que presencié en medio de aquel tropel: tan atontado me hallaba á consecuencia del espectáculo de la entrada, y tan puestos tenía mis sentidos todos en salvar la vida, atento á que andábamos sobre guijarros limpios y pelados, en medio de un enjambre de caballos, de manera que el que se hubiese venido al suelo, podía dar allí mismo por fenecida su embajada. Sólo recuerdo que pasamos por muchas callejuelas desiertas, flanqueadas de casas elevadísimas, subiendo, bajando, sofocados por el polvo y ensordecidos por el pisar de los caballos; y después de más de media hora de andar, y de atravesar un verdadero laberinto de callejones formando cuesta, estrechos hasta el punto de que tuvimos que pasar por ellos uno á uno, nos apeamos delante de una puertecilla, en medio de las hileras de soldados que nos presentaron las armas, y penetramos en nuestro domicilio.

Respiramos con verdadero placer.

El edificio destinado á nuestro alojamiento, era un ver-

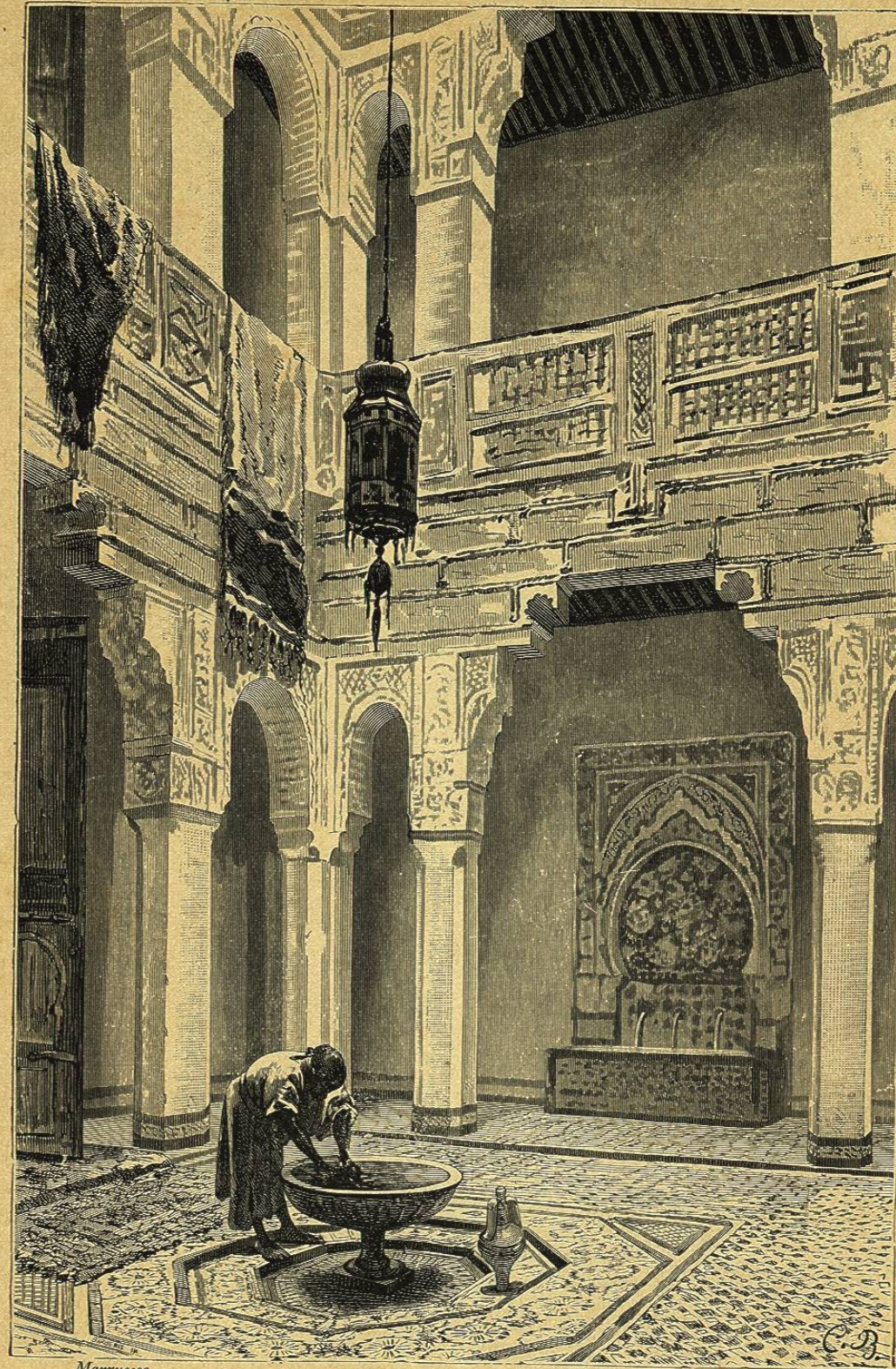


dadero palacio de estilo árabe, con un pequeño jardín, al que daban sombra varias hileras paralelas de naranjos y limoneros. Por medio de una diminuta puertecilla pasábase del jardín



Llegada á nuestro alojamiento

á un patinejo interior, al través de un corredorcillo por el cual á duras penas cabía una persona. En derredor del patio levantábanse doce columnas blancas, enlazadas entre sí por otros tantos arcos de herradura, sobre los cuales apeaba, á la altura del primer piso, una galería también con arcos,



El patio de la casa donde estamos alojados